

Familia hoy: ¿desastre o esperanza?

Antonio M^º Calero, SDB
Teólogo. Sevilla

Resumen

Es una realidad innegable que la Familia, como institución humana, está hoy en crisis. Una crisis compleja que, por otra parte, comparte con otras muchas instituciones y realidades sociales. La crisis, como tal, no es una realidad necesariamente negativa y catastrófica. Hay aspectos e incluso realidades sociales que se pierden ciertamente con una crisis. Pero hay otras que, por el contrario, se purifican, se renuevan e incluso renacen con nuevo vigor a raíz de una situación de crisis. Referida esta perspectiva a la Familia en general y a la Familia cristiana en particular, nos preguntamos: ¿la profunda crisis que afecta a la Familia en la actualidad, es para bien o para mal? ¿es absolutamente catastrófica o por el contrario ofrece una preciosa ocasión de renovación y hasta de recreación? La actual crisis hace salir a la Familia cristiana de una cierta inercia histórica para obligarla a descubrir y a vivir una serie de valores importantes, que no solo deben darle una nueva configuración, un nuevo rostro, sino que deben hacer posible que aporte a la sociedad nuevos horizontes de esperanza, que es, en definitiva, lo que desea toda la sociedad.

Palabras clave: Crisis, valores, testimonio, comunión, austeridad, educadores de los hijos.

Abstract

It is an undeniable fact that the Family, as human institution, is in crisis nowadays. It is a complex crisis that, furthermore, is shared by many other institutions and social realities. The crisis, as such, does not have to be necessarily a negative and catastrophic reality. There are aspects, and even social realities, which are indeed lost in a crisis. But there are others that, on the contrary, due to a situation of crisis are purified, renewed and even are reborn with new vigour. When we relate this perspective to the Family in general and to the Christian Family in particular, we ask ourselves: is the deep crisis that affects the family nowadays for

better or worse? Is it really disastrous or, on the contrary, does it offer a precious opportunity of renovation and even of recreation? The current crisis makes the Christian Family to get out of a certain historical inertia in order to force it to discover and to live a number of important values. These values must not only give the family a new configuration, a new face, but they also should enable it to contribute to society with new perspectives of hope, which is, in short, what the whole society desires.

Keywords: Crisis, values, testimony, communion, austerity, educators of their children.

Con frecuencia, en el momento social que vivimos, ante estadísticas que hablan de un constante y progresivo desmoronamiento de lo que hasta ahora hemos entendido por familia, no podemos menos de sentir honda preocupación, cierta zozobra y hasta auténtico vértigo. Porque, efectivamente, tenemos la persuasión de que la familia, entendida como la unión estable de una mujer y un hombre que se han prometido amor definitivo y viven en un contexto de mutua y fecunda fidelidad, ha sido la base de una sociedad orientada y sostenida por una serie de valores que dan consistencia al hombre y, a través del hombre, a la sociedad misma.

Al parecer, este concepto de familia está cambiando a una velocidad fuera de todo control, de forma que parece ir quedando reducido a un grupo cada vez más pequeño e insignificante de la sociedad. Los aires van soplando por unos derroteros de los que todos somos testigos.

Los efectos de tales derroteros aún están por ver. De todas formas, si se cambia la forma de entender la naturaleza del hombre, social por su propia esencia, e identificado como varón y mujer dentro de la pareja humana, no es difícil adivinar que la sociedad del futuro, más o menos inmediato, dará paso a una sociedad notablemente distinta de la actual. Ya veremos.

Entre tanto, los cristianos hemos de hacernos valientemente unas preguntas en este momento histórico y ante el panorama brevemente descrito. Son estas: ¿cuál es la 'identidad' de la Familia cristiana?, ¿qué puede aportar la Familia cristiana al inmenso, desconcertante y desconcertado *supermercado de la familia* que ofrece la sociedad actual?, ¿cuáles son sus compromisos fundamentales de puertas adentro y de puertas afuera? He aquí algunos:

- Ante todo, la Familia cristiana está hoy llamada a presentarse y ofrecer a la sociedad el testimonio de ser una *verdadera Escuela de valores evangélicos*. Entre ellos, y en primer lugar, el valor que es Dios en la vida del hombre. Dios, "como horizonte del hombre", constituye para la Familia cristiana el primero de los valores 'específicos' que debe aportar a una sociedad en la que Dios cuenta cada vez menos, interesa cada vez menos,

preocupa cada vez menos. 'Vivir sin Dios' va siendo para el hombre contemporáneo, especialmente para la juventud, 'lo normal', lo socialmente correcto, tal vez incluso lo 'lógico'. ¿Para qué sirve Dios? Es una pregunta desafiante en grado extremo para el hombre contemporáneo, y, por consiguiente, para la Familia cristiana de nuestros días. No es difícil encontrar amigos, compañeros de trabajo, vecinos, que proclaman con total normalidad que 'se puede vivir perfectamente sin Dios'. Este planteamiento tiene que llevar a la Familia cristiana, primero, a preguntarse cómo es el Dios en el que cree y del que vive; y, después, a hacer ver con la propia vida y las propias actuaciones, que realmente ese Dios, el Dios de Jesús de Nazaret, no solo no empequeñece, ni esclaviza o anula al hombre, sino que está en la raíz más profunda de su crecimiento, dándole un sentido pleno a la propia vida. Vivir y transmitir el 'sentido de Dios' como fundamento y horizonte estimulante en la vida del hombre, es uno de los retos y de los compromisos más urgentes de la Familia cristiana en la sociedad actual.

- Después, el gozo de una comunión que no solamente hace felices a los propios miembros de la familia, sino que se revela como el camino por excelencia para el crecimiento verdadero del hombre. Hoy existe un ansia inmensa, una más que urgente necesidad de comunión. El hombre actual, por una paradoja evidente, es un hombre que, en medio de una muchedumbre inmensa, puede sentirse completamente solo. El niño actual, el joven de nuestros días, que dispone con frecuencia de todo lo imaginable, es un niño o un joven 'carente'. ¿De qué carece?: de comunión profunda con sus padres. Las relaciones familiares son, con demasiada frecuencia, relaciones comerciales (mamá, cómprame esto o lo otro), relaciones superficiales (se habla en familia de cosas banales) o directamente inexistentes (no hay tiempo para conversaciones serenas y enjundiosas).
- En tercer lugar, la Familia cristiana debe estar en condiciones de ofrecer un conjunto de valores humanos que se van echando de menos cada vez más en la sociedad actual y que pueden ser compartidos incluso por personas que no tienen fe alguna: el tener en cuenta al otro en el propio actuar, el compartir generosamente lo que se tiene y sobre todo lo que se es, el respeto profundo a la persona del otro, el verdadero diálogo como camino para buscar, encontrar y construir entre todos la verdad, el hondo sentido de responsabilidad en el estudio y en el trabajo, la ética profesional más coherente y rigurosa, el amor y el respeto a la vida, especialmente de los no nacidos y de los ancianos.

- Tiene que presentarse, además, ante la sociedad haciendo ver que los valores evangélicos no solo no empequeñecen al hombre, sino que lo engrandecen y lo hacen absolutamente moderno en el mejor y más amplio sentido del término.
 - ¿Es o no moderno (rabiosamente moderno podríamos decir), el camino de una *austeridad solidaria* que, al mismo tiempo que hace frente valientemente al desenfrenado e insaciable consumismo (que por otra parte deja profundamente insatisfecho el corazón del hombre y en especial del joven), hace posible que millones de hombres dejen de carecer de lo indispensable para vivir?
 - ¿Es o no, más que urgente, inaplazable para el hombre contemporáneo, el compromiso de trabajar por la *verdadera paz* si no queremos que la 'ley de la selva' se vaya apoderando cada vez más del corazón del hombre, convertido para su hermano en un auténtico 'lobo'? ¿Hasta dónde y hasta cuándo es tolerable para el hombre la situación de agresividad, de violencia, de enfrentamientos crueles y sangrientos a los que nos viene acostumbrando la sociedad actual?
 - ¿Es o no, absolutamente necesario para el hombre contemporáneo cultivar sincera y valientemente *la verdad*, esa verdad que, como dijo Cristo, hace verdaderamente libre al hombre, en un mundo en el que parece que la 'moneda de cambio' habitual es precisamente el engaño, la mentira, la doblez, la falsedad, en las relaciones interpersonales, en los negocios, en los trabajos y hasta en la propia vida matrimonial?
 - ¿Es o no urgente para el hombre moderno hacer una opción seria y coherente por la *verdadera justicia* en una sociedad en la que, por una parte, proliferan las injusticias más escandalosas de todo tipo, y, por otra, parece haberse perdido totalmente la confianza en los que administran oficialmente esa justicia? ¿No es momento de cultivar de forma constante y sistemática en la Familia cristiana una conciencia crítica que conduzca a descubrir lúcidamente la injusticia, a denunciar con toda valentía la indignidad de esa forma de proceder, siendo testigos de Cristo que vino, entre otras cosas, a restablecer la verdadera justicia entre los hombres?
 - ¿Es o no de una insoslayable necesidad en el mundo actual el cultivo y afianzamiento del *verdadero Amor*, ante todo y de forma específica, en el seno de la propia Familia cristiana? Ante tanta ligereza y superficialidad en el plano del Amor, como hacen ver cada día los medios de comunicación social, amor reducido con demasiada frecuencia a

una realidad puramente epidérmica, fugaz, momentánea, pasajera, con un más que corto espacio de caducidad, la Familia cristiana tiene que hacer ver que lo realmente moderno, porque es lo que hace permanentemente felices a los seres humanos, es un Amor fiel, estable, sincero en sus expresiones, constante en todos los momentos de la vida, amable sobre todo en las dificultades y desencuentros, comprensivo en los momentos difíciles, capaz de ofrecer un perdón que regenera. En una palabra, un Amor que no infantiliza sino que hace crecer hacia una verdadera adultez porque hace salir de sí para entregarse generosamente a los otros.

Así se podría continuar señalando una larga lista de valores que, siendo específicamente cristianos, son verdadera y realmente humanos. La Familia cristiana, que encuentra en el Jesús del Evangelio –y no precisamente en los medios de comunicación social al uso– la fuente de sus criterios, de sus palabras y de sus comportamientos, está hoy comprometida no solo a vivir esos valores con integridad y alegría, sino a ofrecerlos (¡no imponerlos!) a la sociedad en la que vive inmersa. Esta es la aportación específica que, aun sin saberlo, espera con ansia de la Familia cristiana una sociedad en la que la familia, como tal, se encuentra en una profunda crisis de identidad y hasta de desintegración.

Una nota específica todavía de la Familia cristiana puede ser esta: *los padres son, de forma irrenunciable, los primeros y principales educadores de sus hijos*. Si en otros modelos de familia los padres se contentan en todo caso con poner a los hijos en manos de los responsables de las guarderías, de los colegios o de otras instituciones oficialmente ‘educativas’, la comunidad cristiana piensa que unos padres cristianos realmente conscientes de su condición de tales, no pueden renunciar o abdicar de lo que constituye su primera y principal responsabilidad frente a los hijos: la educación. A los hijos no hay que darles simplemente ‘cosas’; a los hijos no hay que darles solamente lo necesario para alimentarse, vestirse o divertirse. Lo primero y principal que tienen que ofrecer los padres a los hijos que han engendrado o adoptado es una verdadera *educación integral en valores*: humanos y cristianos, puesto que se habla de una Familia cristiana.

Antes de poner fin a este apasionante argumento (que no hemos hecho más que esbozar), es necesario subrayar que en la Familia cristiana tiene que funcionar tanto la palabra como el testimonio de la vida.

Importante es en la educación la palabra: es decir, los consejos, las amonestaciones, las orientaciones, las correcciones, los criterios teóricos ante los diversos argumentos. Pero ya decía el refrán que ‘las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran’. Es lo que constatamos a cada momento: los consejos y orientaciones de los padres no

siempre se recuerdan suficientemente. Pero sus ejemplos, sus reacciones, sus comportamientos, sus actuaciones, son en definitiva los que, a lo largo de toda la vida, van orientando las actuaciones de los hijos en las diversas circunstancias por las que atraviesan. La coherencia profunda entre lo que se dice y lo que se hace es lo que verdaderamente educa y deja una huella imborrable en los hijos.

Comenzábamos estas reflexiones haciéndonos una pregunta: ante el panorama que ofrece en la actualidad la familia: ¿cuál ha de ser en relación con el futuro la postura de una Familia cristiana? ¿Vemos nosotros la Familia actual como un desastre? ¿Es para nosotros un desafío para crecer en la esperanza?

La respuesta no puede ser otra que una inquebrantable esperanza, desde un realismo, eso sí, que no oculte en absoluto la problemática situación por la que atraviesa la familia. En esta coyuntura histórica la Familia cristiana no solo no está llamada a desaparecer, sino que, en el amplio mercado social que vivimos, tiene una válida, específica y hasta insuprimible aportación que hacer.